

El Mochilero

John Harris

Traducción de Juan Romero



El Mochilero fue traducido durante el frío otoño del 2012
en un pequeño pueblecito de la sierra de Gata
por el viajero y lingüista Juan Romero...
Gracias a él nos hemos aventurado en esta odisea.



Índice

	Nota del autor	II
I.	El final	13
2.	El principio	17
3.	Esta es tu vida	45
4.	Sir Rick	55
5.	La gran escapada	129
6.	Historias de dos ciudades	183
7.	McPlan	211
8.	Wetdreams	245
9.	Marine	273
10.	¡Mierda!	311
11.	El norte magnético	353



Nota del autor

Crecí en el barrio de Woolwich, en el sudeste de Londres, y allí pasé dormido mis primeros dieciocho años de vida. Afortunadamente, mi primera novia se largó (dios la bendiga) y me di cuenta de que podía haber más cosas en la vida que las dos semanas de vacaciones en el club de los jóvenes solteros.

Creo que el miedo retiene a la gente en vidas mundanas. Miedo a la libertad, miedo a la soledad. Es un opio poderoso.

Una vez que pasé esa puerta ya no pude dejar de caminar y he estado en la carretera vagabundeando por el mundo desde entonces —casi quince años, a veces solo, a veces con miedo, siempre libre.

Quando me aburro de un país me marchó y empiezo de nuevo en otro lugar, normalmente errante hasta que me enamoro y me vuelvo a asentar. Y siempre es posible ganarse la vida; haciendo submarinismo en Tailandia, recogiendo fruta en Australia, director de proyectos en Hong Kong, detective privado en China, gerente en Dubai. Me gusta ser un extranjero; me siento bien.

No hay vuelta atrás para la gente como yo —a un país conocido o al lugar de nacimiento. Una vez lo intenté y fue como volver a leer el mismo libro.

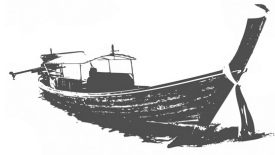
Todavía no tengo claro si el que está loco soy yo por vivir como vivo, o el resto del mundo por hacerlo como lo hace.

Cinco cosas que todo el mundo debería hacer antes de morir:

1. Hacer el amor en la playa de una isla tropical desierta.
2. Saltar de un avión en caída libre.
3. Hacer submarinismo en un pecio por la noche bajo la luz de una tormenta.
4. Conducir de noche en una ciudad con un descapotable.
5. Hacer surf sobre una ola sin romper en un arrecife tropical mar adentro.

John





Capítulo I

El final

“... ¡Big Balls es el número uno!”, chilló por encima del ruido del tráfico. Tuvo que gritar porque aunque montábamos en un Rolls Royce, el coche más suave y lujoso de la carretera, era desca-potable y ni el mejor ingeniero del mundo hubiera podido hacer nada contra el ruido de los neumáticos sobre el asfalto. Tampoco hubiera conseguido desviar el aire que rebotaba en el parabrisas y arremetía contra los oídos, que, como el resto de la anatomía humana, estaban diseñados en aquel tiempo en el que no se tenía en cuenta la aerodinámica.

“Ya sé que es el número uno”, grité inclinándome hacia adelante en el asiento trasero y apoyando los brazos en el reposaca-bezas que tenía delante. Su largo pelo rubio ondeaba al viento y tenía que estirar el cuello para meter la cabeza entre él y el con-ductor y poder ver así su cara.

“No lo pongo en duda. Big Balls es el número uno, de acuer-do. Lo que quiero saber es quién es el número dos”. El conduc-tor, que parecía un miembro de la Tríada, me miró un instante, como pensando qué responderme, antes de volver a mirar al as-falto. “¿No lo sabes? ¡No tienes ni puta idea!” Me dejé caer sobre el asiento de cuero sin hacer ruido y crucé los brazos.

“Claro que lo sé”. Se inclinó sobre sus pies para encender un cigarrillo y desapareció un momento de mi vista antes de reapar-ecer envuelto en una nube de humo. “Dame tiempo”. Mientras esperaba le daba profundas caladas al cigarrillo para mantenerlo encendido y miraba su reloj. “Mierda puta, ¿este trasto no puede ir más deprisa? Voy a llegar tarde”.

“Bueno, será culpa tuya”, le dije y me callé un instante para que mis palabras hicieran efecto antes de volverme sobre mi novia: “Apple, ¿puedes decirle al conductor que vaya más deprisa, por favor?”

Se inclinó hacia delante protegiéndose la melena negra del viento con una mano mientras con la otra se bajaba la minifalda y decía algo en cantonés. El zumbido del motor subió un tono lanzándola contra el asiento y subimos por la calzada elevada hacia el resplandor de la brillante mañana soleada. Todos nos giramos a la vez hacia el muelle resplandeciente como si estuviéramos atados a la misma cuerda.

“¡Uhhh!”. Rick se encaramó en su asiento sujetándose al parabrisas con una mano, el viento en su cara hacía saltar chispas de su cigarrillo. “¡Uhhh! Es esto John, este es el día”.

“¡Guau!”, grité ahogadamente mientras cogía la cámara y empezaba a grabar. “Lo he visto mil veces pero nunca como ahora.” El muelle refulgía bajo la luz del sol y yo parpadeaba por la magnífica imagen que aparecía en el visor. Como de costumbre, una escombrera solitaria patrocinada por el gobierno navegaba a través de la escena sin conseguir arruinarla. El muelle estaba a nuestra derecha y los brillantes rascacielos de acero y cristal a nuestra izquierda. Parecía que estuviéramos sentados en una bala azul metalizada disparada vertiginosamente entre los dos. Una bala con tapicería beige.

“¡Uhhh! ¡Vaya día!”. Se sentó para tranquilidad del conductor y se volvió hacia mí. “Es esto, John”, dijo casi sin respiración quitándose el pelo de la cara, “hoy es el día”.

Pulsé el botón STOP y bajé la cámara. “¿Estás seguro de estar haciendo lo correcto?”

Vaciló y, protegiéndose la cara del sol con la mano, asintió: “Sí, es lo que dice la brújula”.

Con miedo de mostrar la emoción a mi mejor amigo me giré y miré por encima del otro lado del paso elevado. Abajo, en una pista de tenis, un grupo perfectamente sincronizado de señoras se sostenía sobre una pierna como parte de su clase matinal de taichí

igual que una bandada emperifollada de flamencos canosos. Mi cabeza se movía lentamente como si estuviera interesado en la vista según pasábamos de un grupo a otro antes de que me cegara un rascacielos. Entonces me volví.

“Es mejor que guardes esto”, le dije mientras metía la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacaba una cajita de caoba. La luz del sol rebotó en las juntas de bronce y las hizo parpadear. “Incluso aunque no recuerdes quién es el número dos, te la voy a dejar. ¡Pero no la abras hasta después!”

La tomó de la palma de mi mano y sacudió la cabeza pensativamente. “Ha pasado mucho tiempo, John”.

“Sí, y ha sido un largo camino”.

“‘Para Sir William George Garthrick Jenner’”, leyó en la nota de regalo. “*De Lord John*”.

Yo no nací con un título, como nadie del sureste de Londres, y, por lo que yo sé, él nunca había sido nombrado caballero; no suelen hacer caballeros a los ex-marineros del Mar del Norte, pero de todos modos lo somos y nadie puede quitárnoslo. Aunque las reglas que deciden a quién le toca trabajar y a quién jugar las escribieron antes de que nacióramos, algunos hemos aprendido a saltar de lo uno a lo otro.

Nadie me dijo cómo dar el salto pero voy a contarlo porque lo he aprendido y ahora soy libre, igual que hizo el hombre que me acompañaba. No hay manera de separar esta historia de mí mismo, porque son una misma cosa. Y si suena como un cliché, pues que suene; no sé decirlo de otra forma.

Hemos recorrido un largo camino. No sé cuántas millas ni ciudades; perdí la cuenta. Todo empezó con unas vacaciones de tres semanas a la India.

Eso fue hace cuatro años...

REBOBINA